



La familia es testigo del poder salvador de la pobreza

Proclamar que «La esperanza de los pobres nunca se frustrará» (Mensaje del Santo Padre Francisco para la III Jornada Mundial de los Pobres - 17 de noviembre de 2019) es hoy un gesto particularmente profético si se tiene en cuenta que la bienaventuranza evangélica de los pobres —como observa Francisco— «parece cada vez más paradójica; los pobres son cada vez más pobres, y hoy día lo son aún más».

Por tanto, este gesto profético se nutre de la mirada de fe que se dirige a las circunstancias dramáticas de nuestro presente, poniéndolas ante el juicio de Dios.

Los diferentes caminos con los que la dolorosa experiencia de la pobreza parece dominar nuestras sociedades atraviesan sin escapatoria las vivencias de la familia.

Muchas, demasiadas familias prueban su sabor amargo en muchas situaciones de su existencia: falta de medios de subsistencia adecuados, fragilidad de las relaciones, hijos separados de sus padres, miedo al futuro y mucho más.

Se multiplican ante nuestros ojos las familias “pobres” en las que asistimos impotentes a una agresión incontrolable de sus vivencias: muchas se disuelven y demasiados de nuestros hermanos viven “sin familia”.

Como dice el Mensaje: «Todos los días nos encontramos con familias que se ven obligadas a abandonar su tierra para buscar formas de subsistencia en otros lugares; huérfanos que han perdido a sus padres o que han sido separados violentamente de ellos a causa de una brutal explotación; jóvenes en busca de una realización profesional a los que se les impide el acceso al trabajo a causa de políticas económicas miopes; víctimas de tantas formas de violencia, desde la prostitución hasta las drogas, y humilladas en lo más profundo de su ser. ¿Cómo olvidar, además, a los millones de inmigrantes víctimas de tantos intereses ocultos, tan a menudo instrumentalizados con fines políticos, a los que se les niega la solidaridad y la igualdad? ¿Y qué decir de las numerosas personas marginadas y sin hogar que deambulan por las calles de nuestras ciudades?» (nº 2).

Este triste escenario de nuestros tiempos recuerda las palabras de la viuda de Sarepta de Sidón al profeta Elías: «No tengo pan cocido, sino solo un puñado de harina en el tarro y un poco de aceite en el frasco. Apenas recoja un manojo de leña, entraré a preparar un pan para mí y para mi hijo; lo comeremos, y luego moriremos» (1 R, 17, 12). ¡Qué realista es para muchas, demasiadas familias mirar con desesperación a su propio futuro!

Por estas razones la cita anual de la Jornada de los Pobres no puede sino tener en la familia un interlocutor principal: necesita ser acompañada para mantener en sí misma la esperanza que no se frustra: también está llamada a dejarse sorprender por la buena acción de Dios «que “escucha”, “interviene”, “protege”, “defiende”, “redime”, “salva”» (Mensaje 4).

A este respecto, no debe olvidarse que el cuidado de la familia representa uno de los centros

de interés más importantes de la acción eclesial: el matrimonio y la familia fueron señalados por el Vaticano II como el primero de los «problemas más urgentes» que se han de abordar en la época contemporánea (*Gaudium et spes* 46-52).

En la actualidad, debe reconocerse la fecundidad de esa indicación conciliar que alimentó todo el pontificado de Juan Pablo II (el papa de la familia) y que fue retomada vigorosamente por la estación sinodal sobre la familia (2013-2015) que culminó con *Amoris laetitia* del papa Francisco.

La preocupación por discernir los modos más adecuados para este compromiso eclesial decisivo llevó progresivamente a que la acción pastoral con respecto a la familia se oriente a dejarse influir por sus vivencias concretas, corrigiendo cualquier énfasis excesivo sobre la propuesta de un modelo de familia ideal, custodiado por una estructura doctrinal y ética articulada: «Durante mucho tiempo creímos que con solo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas. Tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida» (*Amoris laetitia* 37).

A la luz de estas preocupaciones se comprende la importancia de «una seria advertencia para las familias que se encierran en su propia comodidad y se aíslan, pero más particularmente para las familias que permanecen indiferentes ante el sufrimiento de las familias pobres y más necesitadas». El lugar que ocupa en la consideración de la participación en la Eucaristía demuestra cuán decisiva es esta referencia: «La celebración eucarística se convierte así en un constante llamado para “que cada cual se examine” en orden a abrir las puertas de la propia familia a una mayor comunión con los descartables de la sociedad, y, entonces sí, recibir el Sacramento del amor eucarístico que nos hace un solo cuerpo. No hay que olvidar que “la ‘mística’ del Sacramento tiene un carácter social”. Cuando quienes comulgan se resisten a dejarse impulsar en un compromiso con los pobres y sufrientes, o consienten distintas formas de división, de desprecio y de inequidad, la Eucaristía es recibida indignamente. En cambio, las familias que se alimentan de la Eucaristía con adecuada disposición refuerzan su deseo de fraternidad, su sentido social y su compromiso con los necesitados» (*Amoris laetitia* 186).

En estas palabras encontramos una lectura estimulante del entretejido de familia y pobreza: el cuidado de los pobres y de los que sufren se convierte en un momento de verificación de la pertenencia eclesial de las propias familias.

Por estas razones, resulta estrecho de miras leer la particular insistencia del papa en estos temas ubicándola en un horizonte puramente sociológico. Si existe una relación intrínseca entre la participación en la Eucaristía y el cuidado de los pobres, está en juego la verdad misma de la experiencia cristiana y su dimensión misionera constitutiva.

Cuando una familia se mueve en esta dirección se le ayuda a no reducir nunca toda la densidad y novedad del amor, de la misma forma que se experimenta en las relaciones especiales entre hombre y mujer y entre padres e hijos: «Un matrimonio que experimente la fuerza del amor, sabe que ese amor está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer “doméstico” el mundo, para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano [...] las familias abiertas y solidarias hacen espacio a los pobres, son capaces de tejer una amistad con quienes lo están pasando peor que ellas. Si realmente les importa el Evangelio, no pueden olvidar lo que dice Jesús: “Que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40). En

definitiva, viven lo que se nos pide con tanta elocuencia en este texto: "Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos. Porque si luego ellos te invitan a ti, esa será tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso" (Lc 14,12-14). ¡Serás dichoso! He aquí el secreto de una familia feliz» (AL 183).

En esta perspectiva se supera cualquier separación equívoca entre las dinámicas internas de la vida de las familias y todo lo que solo de forma abstracta puede considerarse "fuera" de ella. Si bien el amor de Cristo no es un amor de telenovela (Meditación en Santa Marta, 31 de octubre de 2019), la provocación que llega a las familias a través de la Jornada Mundial de los Pobres es una ocasión excelente para invertir en caminos que –sin interrupción– exaltan su protagonismo social y las peculiaridades de su propia identidad: «Con el testimonio, y también con la palabra, las familias hablan de Jesús a los demás, transmiten la fe, despiertan el deseo de Dios, y muestran la belleza del Evangelio y del estilo de vida que nos propone. Así, los matrimonios cristianos pintan el gris del espacio público llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa, de la esperanza activa. Su fecundidad se amplía y se traduce en miles de maneras de hacer presente el amor de Dios en la sociedad» (Amoris laetitia 184).

El testimonio de las familias se convierte así en una contribución preciosa para dar razón de lo que a ojos del mundo parece irrazonable: la pobreza y la indigencia pueden tener una fuerza salvífica. Medirse con ellas se ofrece a todos como una estrategia clave para tocar con sus propias manos la presencia operosa del Salvador del mundo en la existencia de todos los hombres y mujeres.

La mirada profética de quien proclama que «La esperanza de los pobres nunca se frustrará» interpela y suscita la laboriosidad de todos: su rasgo profético no se orienta a imaginar un futuro utópico en el que desaparezcan todas las contradicciones, pero puede convertirse en el principio generador de una buena acción en la que muchos "sin familia" puedan encontrar un hogar acogedor y las familias puedan saborear la belleza de dar gratuitamente lo que gratuitamente recibieron (cfr. Mt 10, 8).

Gilfredo Marengo
Pontificio Istituto Teologico Giovanni Paolo II - Roma